

## CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



## PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre. . .	27
Semestre. . .	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

# LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso VI, el Bravo (conclusion).—A la señorita M. P., en sus días (poesía).—Leyendas árabes: ¡Pobre Agar! (conclusion).—En un álbum (poesía).—Cárols Cellini: cuento.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuación).—Revista de modas.—Explicación del figurin.

## ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VI, EL BRAVO.

(Conclusion) (1).

V.

Con la conquista de Toledo, principal baluarte del islamismo en la Península, las monarquías cristianas llegaron al mas alto grado de esplendor y de apogeo.

(1) Véase el número anterior.

Un cambio radical se operó en la vida, en el modo de ser de aquellos dos pueblos que desde la infausta jornada del Guadalete venian abrevando con su sangre nuestro suelo.

Los hijos del Desierto, bravíos, pujantes y vigorosos al caer sobre nuestra patria, degenerados con la molicie y los placeres, ven ahora rotos sus pendones, muertos sus mejores soldados y tomadas sus mas fuertes ciudades.

El pueblo castellano, disperso y fugitivo por la espada de Tarif, combatiendo con el valor de la desesperacion en las fragosidades de Asturias, regenerado con la continua lucha y las privaciones de la vida activa y guerrera, se encuentra ahora arrollando á sus vencedores y acariciando la esperanza de ver lucir bien pronto el dia de su completa emancipacion.

VI.

Rendida Toledo, las demas ciudades, villas y castillos que componian el reino de Alkadir cayeron en poder del monarca vencedor.

Entonces D. Alfonso, deseando atender á la parte política y religiosa de sus Estados, un tanto aban-



donados durante los incidentes de la guerra, reunió un Concilio en Toledo.

En él, despues de tomar algunas medidas para el mejor orden y disciplina del clero, y de hacer grandes donaciones en favor de la Iglesia, restauró la antigua Silla metropolitana, nombrando para ocuparla á D. Bernardo, Abad de Sahagun.

Este Prelado virtuoso y recto estuvo á punto, por su esceso de fervor y su exagerado celo, de ser causa de una grave complicacion.

Puesto de acuerdo con la Reina doña Constanza, y aprovechando la oportunidad de no encontrarse D. Alfonso en Toledo, acudió el día 25 de octubre de 1072, seguido de operarios y gente armada, á la mezquita mayor de los moros, y forzando las puertas y abatiendo cuanto en ella habia perteneciente al rito musulmico, la consagró al culto cristiano. Este hecho irritó de tal manera los ánimos de los muchos sectarios del Corán residentes en Toledo, que indudablemente hubiera estallado una insurreccion, si uno de sus principales alfakies (sacerdotes), llamado Abu-Walid, no les aplacase dándoles la seguridad de que el Rey desharía cuanto en su ausencia se hizo contrario á lo acordado en la capitulacion.

Efectivamente; sabedor D. Alfonso de aquel atentado, se irritó de tal manera contra la Reina y el Arzobispo, que desde Sahagun, donde se hallaba á la sazón, se presentó en solo tres dias á la vista de Toledo, en un pueblecillo que llaman Magan, ardiendo en deseos de castigar á los que así rompieron la fe de los tratados.

Llenos de temor los toledanos por el enojo del monarca, y conociendo de lo que era capaz dada la energía de su carácter, salieron á su encuentro en procesion cubiertos de luto, por ver si de esa manera desarmaban su cólera.

Los mahometanos, aconsejados tambien por el mismo alfaki que los contuvo dias antes, el cual conocia demasiado que si el Rey castigaba á su esposa las consecuencias serian fatales para ellos, se presentaron tambien á D. Alfonso, esponiendo que perdonaban la ofensa recibida y que accedian gustosos á que los cristianos conservasen la mezquita mayor, por lo cual le suplicaban no tomase medida alguna en contra de la Reina y del Arzobispo.

Gran trabajo costó, á pesar de todo, á las dos comisiones el lograr que el monarca depusiera su enojo; pero, conseguido por fin, el luto y el llanto se tornó en regocijo.

La que fue por tanto tiempo mezquita musulmana quedó convertida para siempre en templo católico, y en celebridad del buen desenlace que tuvo aquel asunto se instituyó en la santa iglesia la fiesta de la Paz, que se celebra el día 24 de enero.

Despues, al hacerse la obra de la nueva catedral, el insigne Arzobispo D. Rodrigo, en reconocimiento del servicio prestado por Abu-Walid, hizo poner su estatua en el tercer poste cercano al altar mayor al lado de la epístola, donde se encuentra en el día. Por este tiempo fue tambien abolido el antiguo Breviario gótico y reemplazado por el romano, á pesar de la oposicion que el pueblo mostró á estas novedades.

## VII.

Con la disolucion del gran califato de Córdoba, las muchas victorias conseguidas por los Reyes cristianos y los disturbios intestinos que trabajaban á los Reyes moros, parecia que el momento de la reconquista era llegado.

Y así hubiera sucedido efectivamente, si los abradesores desiertos de África no arrojasen sobre nuestras apacibles costas nuevas trombas de combatientes sedientos de sangre y de riquezas.

La fama conseguida por D. Alfonso en sus conquistas llegó á despertar los celos de su aliado el de Sevilla, predispuesto ya en contra suya por las murmuraciones de sus vasallos.

Esto, unido á que el castellano, despues de destruir los encinares de Zaragoza y Badajoz, avanzó al frente de un cuerpo de caballería hasta Tarifa, y penetrando con su caballo en el mar, dijo: "He llegado hasta los últimos términos de la tierra andaluza," acabó con la paciencia de Ebu-Abed, que solo esperó ya un momento oportuno para romper con aquel orgulloso aliado.

La muerte dada en Sevilla á un judío tesorero del castellano, mandado allí para cobrar el tributo que el árabe pagaba, fue la causa del rompimiento,



y aquellos dos monarcas aliados y amigos aprestaron sus armas para la lucha.

El de Sevilla, conociendo la superioridad de don Alfonso, llamó en su ayuda al poderoso Rey de los Almoravides, Jussuf-ben-Tachfin, el cual, accediendo á sus deseos, desembarcó en Algeciras con un ejército tan numeroso, que dicen las crónicas que solo Dios era capaz de contarle.

Al ver esta muchedumbre de enemigos, el monarca de Castilla pidió á su vez auxilio á Sancho de Aragón y á Berenguer de Barcelona, los cuales, acudiendo á su voz, marcharon juntos contra aquella nueva irrupcion de bárbaros, que blandiendo enormes espadas, y mal envueltos en sacos groseros ó en pieles de animales feroces, caían como una manada de hambrientos lobos sobre la península ibérica.

Los llanos de Zalaca, junto á Badajoz, fueron teatro de la sangrienta batalla librada por aquellas poderosas huestes el día 23 de octubre de 1086, y en la cual, desamparados de la fortuna los cristianos, fueron rotos y vencidos, dejando sembrado el campo de miles de cadáveres.

D. Alfonso, á favor de la noche, huyó con solo algunos caballeros, corriendo á acogerse á los muros de Toledo.

Esta batalla, la mas desastrosa y sangrienta para los defensores de la Cruz, estuvo á punto de ser, como la del Guadalete, la causa de la pérdida de todas las conquistas hechas por los monarcas cristianos.

Y así hubiera sido indudablemente, si en el mismo día del triunfo, cuando dispersas las huestes de Alfonso huían llevando el pánico y el terror por todas partes, y Jussuf se disponía á proseguir sus conquistas, no hubiera recibido este feroz caudillo la triste nueva de la muerte de su hijo, acaecida en África.

Esta noticia, llenándole de inmenso dolor, le hizo desistir de sus guerreros planes, y encargando la direccion de la hueste á uno de sus mejores capitanes, llamado Abu-Bekr, corrió en alas de su amor paternal al sitio donde Azrael acababa de segar aquella existencia, para él tan querida.

Esta fue la causa de que se salvara D. Alfonso de una perdicion segura, de una ruina inevitable, y de

que aquella derrota, que hubiera ocasionado tan terribles males, diera únicamente por fruto la ocupacion, por el emir de Badajoz, de algunas plazas en las fronteras de Castilla y Galicia, y la entrada del sevillano por tierras de Toledo, donde recobró las villas y castillos que cediera á D. Alfonso en virtud de sus anteriores alianzas.

Pero la desunion estalló bien pronto entre los hijos del Profeta, y los cristianos, aprovechándose de ella, no tan solo pudieron rehacerse del anterior descámbro, sino que, corriendo de nuevo á la lucha, vengando sus pasadas pérdidas, rompiendo las haces mahometanas en Murcia, Estremadura y Portugal, toman á Santaren, Lisboa y Cintra, y obligan al célebre Jussuf, al terrible morabita, á levantar el sitio de Toledo y embarcarse precipitadamente en Algeciras, temeroso de sufrir una derrota.

Pero los resultados favorables de esta campaña duraron muy poco tiempo: las desavenencias suscitadas entre los moros andaluces y las tropas africanas que dejó Jussuf en la Península hicieron á este caudillo desembarcar de nuevo al frente de un poderoso ejército, decidido á reunir bajo su mano todos los Estados de los diferentes emires españoles, incapaces, como él decia, de poder hacer rostro al empuje de los enemigos del Profeta.

Animado con este deseo, corrió con su hueste, compuesta de zenetas, mazamudes, gomeles y gazules, las tierras de Toledo con un ímpetu tal, que el bravo D. Alfonso se vió obligado á encerrarse en los muros de su corte.

Después, dirigiendo sus pasos á Granada, arranco aquella hermosa ciudad y la de Málaga de manos de sus emires, y penetrando en tierras de Sevilla, trató de hacer lo mismo con Abu-Aben.

Este monarca opuso una resistencia tenaz á las pretensiones del poderoso Almonacid, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y sus ciudades de Córdoba, Baeza, Úbeda, Almodóvar, Segura, Calatrava y Carmona cayeron en poder del africano después de repetidos combates, en los cuales perdieron la vida sus dos hijos.

Sevilla, única ciudad en cuyos muros ondeaba aun el estandarte de Ebu-Aben, última joya de aquella diadema arrancada á pedazos por las lanzas de los



lantunas, fue también vencida, á pesar de los esfuerzos de D. Alfonso, á quien se humillara últimamente el sevillano, y el cual mandó para su defensa un cuerpo de cuarenta mil infantes y veinte mil caballos, que fueron deshechos cerca de Almodóvar por aquellos hombres en cuyas banderas parecía que se posó para siempre la victoria.

La misma suerte que á Granada, Córdoba y Sevilla cupo á cuantos reinos árabes había en España.

Almería, Badajoz, Valencia y hasta las Baleares cayeron en poder de aquella nueva raza de guerreros, que con el ímpetu del huracán deshacían cuantos obstáculos embarazaban su paso.

### VIII.

Por este tiempo (1092) el Rey D. Alfonso, satisfecho de los grandes servicios que le prestaran Ramon y Enrique de Borgoña, primos de su segunda mujer, de Constanza, trató de pagárselos, dándoles en matrimonio á sus dos hijas Urraca y Teresa, señalándolas de dote á aquella el condado de Galicia, y á esta el territorio tomado de los moros en la Lusitania, echando de esta manera las raíces del nuevo reino que tiempo andando había de erigirse en Portugal.

Al siguiente año la Reina doña Constanza descendió al sepulcro, y D. Alfonso unióse de nuevo con Berta, esposa repudiada de Enrique IV el Germano, la cual, falleciendo también al poco tiempo, dejó su puesto á la bella Zaida, la hija del desgraciado emir de Sevilla, la que, instruida en las máximas de la religion cristiana, se bautizó con el nombre de María Isabel.

De este nuevo enlace nació el infante D. Sancho, único hijo varon que concedió el cielo al Rey Bravo.

### IX.

Algunos años trascurrieron sin que notables sucesos alteraran el ser de las monarquías cristianas, cuyos años aprovechó D. Alfonso para ocuparse en el arreglo de los asuntos interiores del reino.

En este estado, y cuando parecía que la calma se asentaba con alguna solidez en la Península, volvió

á desencadenar la tormenta el nombramiento de gobernador de Valencia, hecho en la persona de Temim por su hermano Alf-Abul-Hassam, nuevo Emperador de Marruecos, á causa de la muerte de su padre el poderoso Jussuf.

El jóven y fogoso Temim, en el momento que se encargó del mando, levantó un grueso ejército, y sediento de gloria y fama cercó la ciudad y castillo de Uclés, resuelto á posesionarse de ellos, logrando, á pesar de la heroica defensa de los cristianos que la guarnecían, entrar en la poblacion á sangre y fuego, y acorralar en el castillo á aquellos valientes.

Sabedor D. Alfonso del apuro de los suyos, se disponia, á pesar de su edad, á correr en persona á su socorro; pero impedido de hacerlo por sus achaques, mandó una lucida hueste, dirigida por sus principales condes, de la cual formó parte también su hijo D. Sancho, jóven de once años, armado caballero, y que manejaba ya la lanza y regia el bridon.

Los dos ejércitos diéronse vista, y acometiéndose con un furor indecible, pelearon por muchas horas, sin que la victoria se inclinase á favor de ninguno.

Mas, por último, las huestes cristianas cejaron; el infante D. Sancho y su ayo el conde de Cabra cayeron á los golpes de las cimitarras enemigas, y la victoria se declaró á favor de los hijos del Desierto, que hicieron en los cristianos una terrible carnicería.

Esta derrota fue tan formidable, que se la llamó la de los *siete condes*, por haber sucumbido en ella siete de los principales capitanes de D. Alfonso.

Los resultados no fueron solo el inmenso daño ocasionado en la batalla, sino que, enorgullecidos los mahometanos, arrancaron del poder de los fieles las plazas de Cuenca, Huete, Ocaña, Consuegra y otras.

La nueva de tan desastrosa jornada llenó el alma del anciano monarca de Castilla de tan acerbo dolor, de un pesar tan hondo, acrecentado mas aun con la muerte de su esposa doña Isabel, que exasperando sus padecimientos, le llevó al sepulcro con el triste desconsuelo de dejar su corona, en momentos tan criticos, en manos de una débil mujer.

En la noche del 30 de junio de 1109 dejó de existir en Toledo aquel monarca *de gran bondad é muy noble, alto en virtud é de gran gloria*, como dice el Arzobispo D. Rodrigo, á los setenta y nueve



años de edad y cuarenta y tres y medio de reinado.

Su cuerpo, despues de estar espuesto al público por espacio de veinte dias, fue conducido con gran solemnidad al monasterio de Sahagun, donde se le dió sepultura.

JULIAN CASTELLANOS.

## À LA SEÑORITA M. P.

EN SUS DIAS.

Llega mi afecto á tus plantas  
al rayar el fausto dia,  
en que á la escelsa María  
tus blancas manos levantas.

Y al oírte suplicante,  
uno contigo mi acento,  
elevando al firmamento  
mi humilde ruego incesante.

¡Oh cuán grata luciría  
para ti la bella aurora,  
y el rayo del sol que dora  
el universo en tu dia;

Si allí su luz te alumbrase  
do habitar quiere tu pecho,  
y en llanto de amor deshecho  
sacros himnos entonase!

Mas si aun no permite el cielo  
que alcances esa ventura,  
para probar tu alma pura  
y premiar despues tu anhelo,

No desmaye tu esperanza,  
que en esta tierra inconstante,  
tras el trueno resonante  
brilla el iris de bonanza.

Mira el ábrego furioso  
en soberbia tempestad,  
combatir la inmensidad  
de ese piélago espumoso:

Mas cuando juzga el marino  
rota ya su débil quilla,  
y el mar le roba la orilla  
en hirviente torbellino,

Dice Dios: "Tu furia enfrena;"

plega sus alas el viento,

y ese espantoso elemento

besa tranquilo la arena.

Espera, amiga, tal calma,

y aunque tu espíritu sienta

bramar la recia tormenta

que llena de angustia el alma,

No desmaye tu esperanza,

que en esta tierra inconstante,

tras el trueno resonante

brilla el iris de bonanza.

LUIS G. HERRERA.

Sevilla.

## LEYENDAS ÁRABES.

### ¡POBRE AGAR!

(Conclusion) (1).

Amaban las lucientes constelaciones como el ser de su ser, como la vida de su vida.

Agar, no solo sentia este amor, sino algo mas profundo, mas espiritual.

No se contentaba con el manto vestido de luceros. Buscaba algo tras de aquel manto, y ese algo creia que era el sol, que tenia sus palacios y su reino en aquella bóveda azulada y brillante.

Luchaban en la cabeza de la jóven muchos encontrados sentimientos; pero su corazon solo latia por uno: amar el sol é ir á hacerle compañía, ó llamarle y llorar por él tanto, que, apiadado, bajase hasta ella.

Cuando su hermano se alejaba de la gruta donde vivian, ella salia presurosa á recorrer los campos y á buscar el camino que debia llevarla hasta el cielo.

Registraba todas las sendas, todos los precipicios, todas las alturas, para encontrar lo que con tal anhelo buscaba; ¡pero en vano! por mas que se afanaba, nunca hallaba el camino certero.

Á veces, creyendo aproximarse al sol, se alejaba tanto de él, que cuando reparaba su extravío, daba

(1) Véase nuestro número anterior.



un grito de espanto y volvía atrás, corriendo desesperadamente, mientras le decía al astro brillante :

—¡No te vayas! ¡Oh! ¡No te vayas, porque moriría Agar!

Si ella hubiese creído que muriendo se uniría á su amante, hubiera procurado morir.

Este anhelo continuo, este deseo de un imposible, fue minando la existencia de la hermosa jóven, y un padecimiento físico la mataba lentamente, sin que ella misma conociese su intensidad.

Sus manos estaban ardorosas, sus mejillas abrasaban como una hoguera, su cabeza se ardía por la fiebre.

Y ella estaba contenta, porque creía eran estos síntomas de irse aproximando al sol.

—Él también quema; se decía.

Él está rojizo y encarnado.

Él presta calor á cuanto toca, y él es quien me va prestando esta segunda vida que siento en mí.

Con el tiempo, yo lanzaré en mi rededor la misma aureola que él esparce, el mismo color que él viste.

¡Pobre Agar! Cada día avanzaba su mal, y ella era mas feliz; porque iba al fin á ser un segundo astro, con el mismo color y lozanía que aquel que desde niña miraba.

Un día volvió Ismael de sus correrías y la halló casi exánime, tendida en una llanura, abrasada por el sol.

La cogió en sus brazos, y la llevó á su morada.

Roció su rostro con agua cristalina, y la hizo volver en sí; pero su razón parecía estraviada.

—Agar, la dijo su hermano con ternura: he consultado el sabio, y le he dicho lo que sufres; y el sabio me ha respondido que te saque de este desierto terrible; que te lleve á la Arabia Feliz.

Á un sitio privilegiado, donde los suelos están llenos de diamantes, oro, perlas y rubíes, piedras que tú nunca has visto, y que el sabio me ha enseñado en una caja preciosa.

Allí te podrás vestir de todos estos adornos, y con la planta hollarás los záfiro y esmeraldas.

Tú serás la Reina del Hiemen, y cuando allí te deje rodeada de pájaros y flores, partiré á la venganza, á derramar la sangre de nuestros enemigos.

En la Arabia Feliz nadie osará tocarte, porque aquel es un paraje de ventura, cubierto de prados risueños, y de grutas ornadas de flores, y de arroyos cristalinos y brillantes, donde huye el mal, porque solo puede penetrar el bien.

Allí dice el sabio que los pájaros tienen colores tan distintos y hermosos, que es opaco y descolorido el techo azul que miramos, con el vistoso ropaje formado de plumas.

Que hay allí estensos parajes con frutas tan dulces y delicadas, que refrescan la boca y deleitan el paladar.

Que tiene unas montañas tan altas y unas colinas tan encumbradas, que desde ellas se tocan las nubes.

Que en aquel suelo meridional y hermoso nacen las flores junto á los arroyos, y forman vistosas paredes al pie de las montañas.

¡Ven allí, hermosa Agar, ven á ese sitio de ventura!

Allí hay ancianos emires que adivinan el destino en los rayos de la frente.

Ellos me dirán lo que yo ignoro.

Ellos podrán ofrecerme un lugar seguro para ti, en medio de esas hermosas montañas, rodeadas á lo lejos de arenales resecos, por donde no pueden cruzar los enemigos, porque morirán de sed y de calor.

Lugar privilegiado, donde solo el valiente árabe puede vivir, y donde para llegar á ese lugar hermoso que me ha dicho el sabio, es necesario cruzar inmensas llanuras abrasadas por el sol.

Pero despues se encuentra la gloria, la felicidad, la ventura, el bien, el placer, el gozo.

¡Vámonos, Agar! ¡Allí recobrarás la salud, allí serás dichosa! Ven á la Arabia Feliz.

—¡Imposible! contestó la jóven estrechando las manos sobre el corazón.

¡Yo no puedo partir! ¡Yo no quiero dejarle!

—¿Qué dices, Agar? ¿Estás loca? ¿De quién hablas? ¿Á quién has podido amar en este desierto sombrío!

—¡Perdon!... ¡Perdon!... interrumpió la jóven.

—¡Ay de ti si has faltado al nombre de tu madre! ¡Ay de ti si has hollado nuestra morada alguna! ¡Su nombre! ¡Pronto su nombre!

—¡Te engañas! ¡Él no ha venido hasta aquí! ¡Él



me mira de lejos! ¡Pero me ama, me ama, y me busca todos los dias!...

—¡Agar! ¡Piensa lo que dices! ¡Su nombre! pronto su nombre.

—¡No! ¡Porque le matarias! Irias á buscarle, á oscurecer su belleza, á apagar su brillo, á alejarle de mi lado... ¡Oh! ¡jamás sabrás quién es!

—¡Agar, vas á morir!

—¡Ismael! hermano mio, si yo supiera que tras la muerte se hallaba lo que tanto tiempo he buscado sin llegar á encontrarlo, ¡oh qué contenta moriría! Yo misma pondria en tu mano la flecha y el arco, y te presentaria mi desnudo pecho para que le hirieses sin piedad; pero ¡morir y no hablarle!...

¡Oh! ¡Esa muerte es horrible! ¡Yo no la quiero! ¡Yo la rechazo con horror!

—Sin embargo, eres culpable, y en nuestra altiva raza, la mujer que falta á su honra es juzgada y muerta á seguida, por su padre, su hermano ó su amigo. Ellas mismas desean morir antes que vivir con mancha.

—¡Oh! ¡mátame! ¡Mátame si quieres, Ismael! ¡Soy inocente; pero mátame!

—Si antes que llegue la noche no me declaras tu culpa, si no me dices el nombre de tu amante, morirás, y en seguida le buscaré á él, para traerle á morir al lado de tu cadáver.

¡Yo te amaba mucho, Agar! Eras la hermana querida de mi corazon, el lago precioso que representaba mi madre...

Por eso te ocultaba á los ojos de los hombres; por eso te tenia por uno de esos grandes tesoros de que hablan los adivinos; por eso jamás quise que pusieses el pie en terreno habitado, y solo yo recorrí esos mundos, donde hay seres que hablan y rien y gozan sin acordarse del dia de las venganzas.

Despues venia, y te contaba cuanto habia oido, cuanto sabia, cuanto pudiera distraerte de tu soledad.

Y al verte tan hermosa, tan pura, tan feliz, casi olvidaba el daño que me habian hecho los hombres. Casi deseaba vivir entre ellos; pero su maldad me perseguia, me queria arrancar mi tesoro.

¡Agar! Aquí ha penetrado uno de esos hombres, no hay duda; tú le amas, y serás infeliz.

Si no me revelas su nombre, morirás. Solo un dia te dejo meditarlo: despues no tendrá remedio.

—¡Piedad! ¡Piedad, hermano mio! Tú no puedes llegar hasta él, tú correrias en vano.

—Mi caballo corre mas que las aves, mas que el viento, mas que el huracan terrible.

—¡Ah! es cierto, dijo Agar dando un grito de dolor.

La idea de que Ismael con su volador caballo pudiese encontrar el sol y herirle ó matarle, desgarró su corazon y rompió en profundos sollozos.

Ismael, rojo de furor, agarró con fuerza un brazo de su pobre hermana, y oprimiéndoselo desesperadamente, la preguntó con ira reconcentrada varias veces el nombre del malvado que la habia seducido.

La jóven no respondió; pero sus labios, pálidos momentos antes, se tiñeron con la sangre de sus doloridos pulmones, y mirando con dolor el astro brillante que iba desapareciendo, le dijo con dolor y firmeza á la vez:

—¡Yo no te descubriré jamás!

Ismael la arrojó con desprecio, y huyó por aquellos campos.

Á las pocas horas volvió á la gruta, y encontró á pocos pasos de ella á su hermana tendida en el suelo.

Tenia el cabello suelto, y sobre él una corona de hojas de árbol, preciosamente entretejida aquella mañana por ella misma.

Sus manos estaban cruzadas sobre el pecho, y dormia; pero su sueño era el de las tumbas.

Agar moria como las vírgenes cristianas.

Coronadas sus sienes por la pureza.

Hechos sus dedos cruz, en señal de inocencia y castidad.

La jóven agarena habia soñado con la inmortalidad, y habia amado al Supremo Hacedor en el astro brillante del sol.

Así como los cristianos se encierran en los templos para vivir por Dios y para Dios, ella habia muerto por unirse á Él, sin atreverse á revelar su amor.

—¡Pobre Agar! exclamó su hermano al verla.

—¡Feliz Agar! contestaron los ángeles del cielo.



## EPÍLOGO (1).

Algunos años despues,  
entre dos altas montañas,  
un ismaelita vivia  
en un confin de la Arabia.  
Las comarcas del Hiemen  
del grande adivino hablaban,  
y los mas fuertes emires,  
con sus arrugas y canas,  
de la altura descendian  
hasta aquella gruta helada,  
por escuchar las razones  
del genio que la habitaba.  
Era el anciano Ismael,  
hombre de muy luenga barba,  
y de ojos que el porvenir  
decia con sus miradas.  
Ninguno de allí salió  
que no llevase en el alma  
remordimiento ó consuelo,  
agonía ó esperanza.  
Los hombres que aborrecia  
el hombre que allí moraba,  
iban todos á buscarle  
por sus verdades amargas.  
Cuando se encontraba solo,  
entre dientes murmuraba:  
"¡Pobre Agar! Á tu memoria  
perdono la raza humana."

ROGELIA LEON.

## EN UN ALBUM.

Aun antes que el tesoro  
de tu gracia admirara y gentileza,  
llegó á mi oído el aclamar sonoro  
del mundo, que la alteza  
de tu virtud cantaba y tu belleza.  
Hollar galanas flores

fue, Manuela, tu plácido destino;  
cercáronte en la cuna los amores;  
tu rostro peregrino  
bañó en sus tintas el pudor divino.  
En tus rasgados ojos  
de alma ternura el esplendor destella,  
con tu mirada ahuyentas los enojos:  
no es tan pura y tan bella  
la de la tarde fugitiva estrella.  
¡Ah! no mintió el acento  
que justo aplauso sin cesar te ofrece;  
tal como la soñara el pensamiento  
tu hermosura aparece,  
que aun mas y mas por la modestia acrece.

Así la sabia Atenas  
á las sencillas Gracias se fingia,  
ricas de juventud, de encanto llenas,  
y en plácida armonía  
lauro y honor á su beldad rendia.  
¡Oh! mil veces dichosa  
la que cual tú de hechizos adornada,  
mira correr la juventud gozosa  
por la virtud preciada  
y por la escelsa ilustracion guiada.

Goza, goza los dones  
que te concede bondadoso el cielo;  
y nunca de tus bellas ilusiones  
detenga el raudo vuelo  
el desengaño con su faz de hielo.  
Sí; que grata y suáve  
pase la vida de inquietud ajena;  
jamás sus huellas la tristeza grave  
en tu frente serena,  
envidia del jazmin y la azucena.

Y cuando el tiempo alado,  
al trascurrir las horas fugitivas,  
tu ancianidad señale despiadado,  
que en pláticas festivas  
de tu niñez con los recuerdos vivas.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

Sevilla 3 de mayo de 1864.

(1) Romance tomado del árabe.



## CÁRLOS CELLINI.

## CUENTO.

## I.

Hace algunos años que los periódicos de la Gran Bretaña, entre ellos el *Times* y otros de los que figuran en primera línea en esa Babilonia de la civilización que se llama Londres, elevaban á las nubes la fama del tenor Carlos Emilio Cellini, que acababa de hacer su *debut* á la sazón en el antiguo teatro de Covent-Gardeen.

Como sucede siempre en casos semejantes, tanto el público como los críticos y los gacetilleros, olvidaron pronto el recuerdo de todos los artistas que habían tenido ocasión de admirar, juzgándolos inferiores al nuevo ídolo, por aquella ley de nuestra naturaleza que inclina nuestro ánimo y nuestros afectos hácia el último que los reclama, sea cualquiera su hoja de servicios.

La patria de Carlos era la Italia, madre fecunda del genio, que ha dado cuna á tanto varón ilustre en letras y artes, y vieron sus ojos la luz primera en Roncole, pueblo del ducado de Parma, siendo oriundo de una familia humilde, escasa de medios y recursos, no solo para darle educación, sino hasta para cubrir las primeras necesidades de la vida.

Sin embargo, artista de nacimiento, y animado de ese espíritu superior que suele inflamar á los hijos de la Italia, empezó desde muy niño á dar muestras de un talento precoz para el divino arte, y cuando no conocía una sola nota de música, remedaba los cantos de las aves, siendo tal la dulzura de su voz, que podía rivalizar con los gorgoros del ruiseñor y con los ecos suaves de una flauta.

Andando el tiempo, encontró un Mecenaz que le costeó en Milan los estudios musicales, y á vuelta de algunos años hizo su *debut* en el teatro de la Scala, llenando de asombro á cuantos tuvieron la suerte de oírle; aventurándose los inteligentes á profetizar que había de recoger cosecha abundantísima de triunfos, y que su fama había de llenar cumplidamente los ámbitos de la tierra.

Cuando empieza este cuento, Carlos Cellini, como

ya se ha dicho, figuraba de primer tenor absoluto en Covent-Gardeen de Londres, mediante un estipendio de ciento cincuenta libras esterlinas (mas de catorce mil reales) por noche. Recorria con soberana fortuna el repertorio del inmortal Donizetti, y no hacia salida que no fuera recompensada con una ovación ruidosa. El entusiasmo del público rayaba en el delirio, y el artista, abrumado de gloria, veía coronados sus esfuerzos, caminando por las sendas de la vida sin hallar una escarpadura.

Por esta época cumplió Carlos veinticuatro años. Á su juventud y á su talento reunia una belleza intachable y unas formas irrepreensibles, accidentes que conceden á un artista el cetro del mundo y que le aseguran una existencia mas espléndida que la de un monarca. Además, vivia en una casa elegante situada en los barrios aristocráticos: montaba á caballo como un *gentleman*, y se las apostaba á beber Jerez á cualquier lord de esos que entierran mil libras en una cena. Con estas cualidades, y teniendo la virtud de arrojar el dinero como las nubes el granizo, no hay que decir que su vida seria una perpetua fiesta, y que, á pesar de la severidad de las costumbres inglesas y del pudor glacial de las vaporosas *ladys*, era posible que hubiera sido protagonista de toda clase de aventuras peregrinas, veladas por la poesía del secreto y del misterio. Carlos era feliz en esta existencia, embellecida por su gloria de artista, por la disipación, por la locura, por la alegría y por la música. Los días cruzaban para él como á favor de un sueño benéfico y deleitante, y cuando se detenía á sondear su corazón, no hallaba en él un solo vacío ni perturbaba su dicha el mas pequeño sollozo. Por este tiempo, un suceso extraño vino á cambiar completamente la faz de su destino.

## II.

En los pueblos pequeños no es nada difícil ni costoso tener flores, ni adquirir cuatro pies de tierra para cultivarlas, formando un jardincito donde se regocije la vista y el alma se llene de alborozo, aspirando aquel aroma puro y vivificante que constituye la poesía de la vida rural.

En las grandes poblaciones figura esto entre los



artículos de lujo, y adquirir cuatro pies de tierra cuesta un sentido, y para poseer la florecilla mas insignificante es preciso gastar el dinero, siendo tal la escasez de ellas en algunas partes, que á veces ni por un buen puñado de plata se podría comprar una rosa.

Cárlos tenia por las flores, especialmente por las violetas, una aficion que rayaba en delirio; y como en Londres, centro de primer orden de la industria europea, abunda poco esta especie, veia el cielo abierto el dia que su criado, á costa de fatigas y de una buena cantidad de guineas, podia renovar las macetas de dos jarroncitos de china que tenia sobre su piano, los cuales mantenian constantemente en la habitacion un perfume delicioso.

Muchas veces se habia hecho él á *sotto voce* el siguiente razonamiento:

—Cuando yo me retire del teatro será posible que haya podido reunir un capitalito decente. Entonces me instalaré en mi pueblo natal, compraré aquella hechicera quinta que está á doscientos metros de la casa donde nació, en la falda de la montaña, á orillas del riachuelo que fertiliza la comarca, y, una vez allí, pasará la vida mas contenta y venturosa, bajo la sombra de los frutales, reclinado sobre un césped de gallardas violetas, enviando á Dios cánticos de gratitud y recibiendo en mi frente las bendiciones de aquellos dos padres ancianos que me quieren como á las niñas de sus ojos, y que me contemplarian dia y noche lelos de alegría. No hay duda que desde allí se iria uno derecho al cielo.

Tal era el castillejo de ilusiones del célebre artista; y en verdad que no era demasiado soberbio, pues que para construirle no se necesitaban mas que unos cuantos años de prudencia y economía, cosa nada imposible, pero difícil tratándose de un jóven de veinticuatro años, embriagado por el opio de la gloria, manirotto y disipador, sin prevision, sin juicio, como toda esa cáfila de locos que pueblan el olimpo del arte.

Bien sabia Cárlos que no cambiando de rumbo no llegaria jamás á realizar aquel sueño de color de rosa; mas aunque le animaban los mejores deseos, sus fuerzas se oponian, y en un momento de vértigo y de frenesí daba al traste con sus buenos propósitos,

dejando para el dia de mañana la tarea de realizar su plan, y malogrando, como era consiguiente, sus años mas primorosos.

(Se continuará.)

LEANDRO A. HERRERO.

## LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

Va á dar la una. ¡Qué hora tan triste y solemne!

Es la primera del nuevo dia.

Viene sola como un misántropo.

Como el avaro, no tiene amigos.

Como la mujer cortesana, no quiere la acompañar otra que pueda eclipsar su poder.

Su dominio es el terror.

Su vida la soledad.

Su lenguaje el silencio; y, sin embargo, domina las conciencias y hace estremecer á los delincuentes.

Despierta terror en las almas culpables, y solemnidad y respeto en las justas.

Es la hora de las luces fosfóricas de los cementerios y del horror en los niños.

Las mujeres rezan por los muertos cuando la escuchan, y los amantes que cruzan las calles tras de alguna aventura, sienten sus nervios estremecidos y dan á veces un paso hácia atras temiendo avanzar en su camino.

El jugador que lleva el oro de un padre de familias, ó de un hijo depravado que amarga la vida de sus padres, al oír esa vibracion sonora, siente latir sus sienes con violencia, y ve ladrones y asesinos á su alrededor, y entonces un niño quizá bastaria á arrancarle su tesoro.

El justo procura dormir y pasar esa hora terrible en los brazos de la tranquilidad.

El asesino esconde la cabeza en su guarida, como

(1) Véase nuestro número anterior.



si le persiguiese y delatase en las plazas públicas á otro día sus crímenes.

Solo un ser la escucha, sin saberse dar cuenta de su sonido.

La mujer enamorada, que ha visto desgarrarse su corazon con los mismos síntomas en el día que en la oscuridad de las tinieblas.

La mujer que amó y vió desvanecidos sus amores, y lacerado su pecho y escarnecido su dolor.

.....  
¡Pobre mujer! ¡Qué vestidos tan ricos! ¡Cómo deslumbran sus aderezos!

¡Qué terciopelos y blondas! ¡Qué riqueza! ¡Qué lujo!

¡Y teneis valor de llamarla *pobre mujer*?

¡Pues no la veis con la risa en los labios retirarse de una sociedad, y á hora tan avanzada llamar á su doncella para darle órdenes del traje de baile que ha de lucir á la noche siguiente?

Da la una, y ella parece que no la ha escuchado.

Mientras la doncella prepara unos encajes de Chantilly sobre un traje moaré rosa, ella echa ojeadas á un gran espejo que tiene en frente para admirar su belleza, y decirle riendo con amargura:

—Dijiste bien, cristal malicioso: "Todos caen á mis pies como heridos de una bala." Y bien. ¡Qué hombre no ama á la mujer que todos admiran? "Lánzate á ese mundo, donde tendrás alfombras de flores..."

¡Pero cuántas espinas! ¡Dios mio, cuántas espinas!...

Y la hermosa corre la gasa del espejo indignada.

—Mejor hubieras hecho en decirme: "Ponte esa blanca toca y hazme pedazos en seguida: destruye todo lo que te revele tu belleza, y retírate al fondo de ese claustro para morir en él..." ¡Tristes páginas de mi diario!...

.....  
Y con despecho arranca de sus cabellos aquella hermosa las flores, y despide á su doncella, y arroja sobre el sofá sus galas, y deshoja distraidamente su ramillete, y tira de los guantes con unos dientes como perlas, para despojar sus pequeñas manos mas pronto de aquella piel que oprime sus dedos, y viendo que se resisten, los rompe y los tira sobre la mesa, y luego, arrojándose en una butaca, esclama con

un acento entre sarcástico y sombrío: "¡No dirán que no soy una mujer á la moda!"

¡Y de qué me sirve, insensata? ¡Tengo yo acaso corazon para gozar en mis triunfos?

¡Qué me importa esa turba de aduladores que me llaman hermosa, y que se disputan el honor de pasear ó bailar conmigo, como un diplomático la honra de besar antes que otro la mano de sus Reyes?

¡Corazones gastados! ¡Hombres sin dignidad! ¡Escalvos de caprichos! ¡Tiranos de la virtud! ¡Yo os aborrezco!

Cuanto mas gastais mis oidos con lisonjas, mas os desprecio; porque aquí, en este pecho cubierto de diamantes y blondas, existe aquel corazon virgen de la mujer virtuosa, de la mujer cristiana que pasó su niñez rezando.

(Se continuará.)

## MODAS.

### CORREO DE SEÑORITAS.

La moda abandona las ciudades para desplegar en las playas marítimas y en las aguas termales los encantadores trajes cuyos preparativos se advierten por todas partes. En las aguas especialmente ostenta la mas espléndida elegancia, no solamente en los trajes de día, sino particularmente en los de baile.

El mejor medio de dar á conocer lo que se lleva es el de describir las *toilettes* que hemos visto confeccionar en casa de la Sra. Bueno (Carretas, 39, principal).

Hé aquí desde luego tres trajes de *negligé*. El primero es en linon amarillo pálido, con un volante plegado en el bajo de la falda, de diez centímetros de altura, y sobre cada pliegue una concha de encaje negro, reposando á medias sobre la falda: una adorable vesta chiquita, igual género guardia-francesa, toda guarnecida de entredoses de encaje negro, abierta por delante y sujeta por cabos que atraviesan un elegantísimo chaleco en batista con entredoses y valenciennes, remontando á manera de valona, despues de haber guarnecido las aldetas.



El segundo es de alpaca blanca, con el bajo de la falda recortado en festones muy hondos, bordeados de una cinta cereza bastante ancha. Remonta este adorno, redondeándose sobre el lado hasta el talle, y por abajo lleva un solo volante de seis centímetros colocado sobre dichos festones. Cintura-corselillo con aldetas Directorio en tafetan cereza, que se coloca sobre un cuerpo cerrado con mangas muy largas, de muselina, bullonado y cortado con puntillita y estrecho terciopelo cereza.

El tercero es de muselina á lunares colocado sobre un transparente de tarlatana azul celeste. Un volante de ocho centímetros, adornado de un guipure, guarnece el bajo de la falda, superado de un magnífico entredos, que remonta sobre todas las costuras á veinte centímetros de altura; vesta igual de forma postillon guarnecida por el mismo estilo, bajo la cual se coloca una cintura suiza de tafetan azul con largos cabos sumamente anchos, descendiendo por detras sobre la falda.

Pasemos á los trajes de paseo.

Uno en gasa de Chambery malva, colocado sobre tafetan. En el bajo de la falda una ancha banda de tafetan encajonada en gruesos cordoncillos, y adornada en la estremidad inferior de un encaje negro de cinco centímetros dispuesto sobre un ruche de tafetan blanco que lo depasa, formando un borde-cillo de dos centímetros. Cuerpo guarnecido del mismo modo; echarpe igual, género *buena-mujer*, con pequeño capuchon redondo y adorno de tafetan denteado y con un ruche. Este traje es eminentemente coqueton. Se completa con un birrete en paja de arroz con nudo de plumas malva y blancas adornando el borde.

Otro traje de foulard blanco, guarnecido el bajo de la falda de una ancha banda de tafetan azul encajonada en un encañonado. Sobre esta banda se destaca un maravilloso bordado de seda blanca. Cuellecillo igual con tira de bordado. Este traje, de toda elegancia, se completa con un casquete jockey en paja de Italia, con larga pluma blanca y nudo azul descendiendo por detras.

Últimamente, un traje de muselina blanca con encañonado por abajo y vuelta de diez centímetros que encajona el bajo de la falda y remonta doble,

disminuyendo de cada lado en las costuras. Estas vueltas son bordeadas y colocadas sobre transparente rosa, adornando igualmente vesta y mangas. Un albornoz en yak transparentado de rosa, y sombrero duquesa con rosas y una pluma de marabout blanca.

Completaremos estos detalles con el siguiente traje de baile. Es de tarlatana con bullones trabado con blonda. Un volante de blonda guarnece el bajo colocado alrededor de una túnica, capitaneado de rositas. La berta es por el mismo estilo, y una diadema de rosas sirve de prendido.

JOAQUINA DE CARNICERO.

### ESPLICACION DEL FIGURIN.

*Primera figura. Traje de visita.*—Vestido de glase azul, adornado en el bajo de la falda con dos ruches escarolados, dispuestos en grandes festones y separados el uno del otro por un fleco de musgo. Cuerpo alto, liso, mangas redondas, guarnecidas de escarolados. Rotonda de la misma tela: lleva al borde un volante de encaje blanco muy largo, cubriendo la pegadura un escarolado; despues otro en lo alto de un segundo volante mas estrecho.

Sombrero de tul bullonado, sin bavolet, formando el fondo una lluvia de marabouts, que caen graciosamente por detras.

*Segunda figura. Traje de campo.*—Vestido de foulard, floreadito. Cada uno de los paños está adornado de una doble banda de tafetan, que termina por cada lado en un festoneado menudo. Un volante encañonado guarnece el bajo de la falda. Vestimenta de señorita, adornada como la falda sobre las costuras chaleco de tafetan, camiseta á plieguecitos y casaca de jockey de paja de Italia, adornado de terciopelo y de plumas: en el lazo de cinta lleva un cartón de nácar.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrion, calle del Pez, núm. 6, principal.





## LA VIOLETA

*Redaccion y Administracion*

Concepcion Geronima, N.º 13, Pral Derecha.  
Ayuntamiento de Madrid  
MADRID



